



MIRA
CON SUS OJOS



Edita: ONG CESAL

CESAL, Sede Central
Calle Siena, 15 bajo
28027 Madrid - España
900 242 902
www.cesal.org

Coordinación: Lucía Gallo y Marcos Nogales

Con la participación de los periodistas: Pablo A. Iglesias, Juan Ramón Lucas, Nicolás Castellano, Lola Hierro, Ignacio Santa María, Fernando de Haro, Cristina López Schlichting, Ángel Expósito y Ana Pastor

© de las fotografías: Javier Carbajal, Thomas Canet, Iñaki Lungarán, Casilda Saldaña, Manuel Reino, Luis Gaspar, Samuel de Román, Ángel Pérez Meca y Lupe de la Vallina

Diseño y maquetación: Chiara Ceresa
Impresión: Artes gráficas CAMPILLO NEVADO S.A.
Portada: © de Thomas Canet

Impreso en Madrid (España)
Depósito legal: M-31207-2019

Este libro es posible gracias a la financiación del Ministerio de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social y el Fondo de Asilo, Migración e Integración



MIRA
CON SUS OJOS

ÍNDICE

CESAL: UN ENCUENTRO QUE GENERA UNA HISTORIA	7
INTRODUCCIÓN	9
FAMILIA OUSOU	10
GUILLOMENE E HIJOS	22
FÉLIX JUVENAL FREITES	34
JEAN KOULIO	46
MUHAMMED MUHSEN	54
LUZ ESTELA Y MANUEL	62
OLGA	68
ISLEY MARIANA CHACÓN	74
TETIANA KAZANTSEVA Y SASHA KAZANTSEV	82
CITAS FINALES	90
AGRADECIMIENTOS	95

CESAL: UN ENCUENTRO QUE GENERA UNA HISTORIA

CESAL comenzó hace más de 30 años la aventura de acompañar a personas en situación de vulnerabilidad en el mundo, para ayudar a que se conviertan en protagonistas de sus vidas, en el ámbito de la cooperación internacional para el desarrollo. El mismo deseo también nos movió en 2007 a comenzar a trabajar para facilitar y promover la integración de población inmigrante en España.

En el año 2017, asumimos un nuevo reto, el de acoger y colaborar en la integración de personas solicitantes de protección internacional y refugiados. Desde entonces hasta ahora, el Ministerio de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social ha confiado en CESAL para desarrollar esta tarea con más de 200 personas, especialmente familias.

A través esta experiencia, hemos ido viviendo diferentes momentos personales que nos han trascendido, que nos han hecho caer en la cuenta de que no hablamos únicamente de vivienda temporal, atención social, formativa o laboral. Hablamos de relaciones personales y, como tal, hemos querido que otras personas fuesen partícipes de la riqueza de este encuentro.

Hemos acompañado a romper su frustración al poder comunicarse por primera vez en español, la sorpresa de poder experimentar la libertad y el choque cultural fruto de otras tradiciones y visiones de la vida. Nos hemos conmovido por la tristeza de personas que han dejado todo atrás, incluso de quienes han presenciado el asesinato de sus seres queridos, de perseguidos políticos, afectados por la guerra y tantos otros dramas.

Podemos decir que recorreremos juntos el camino del miedo a la confianza. Celebramos cada palabra aprendida y cada entrevista de trabajo. Celebramos con gran alegría los cumpleaños, con gente que había perdido la seguridad de poder volver a celebrarlos, entendiendo, como nunca antes, que la vida no es algo que podamos dar por descontado.

Por todo esto, nos hemos dejado provocar por los encuentros con las personas que se nos han confiado para hacer parte de este nuevo camino en España. Hemos aprendido junto a ellos a conocernos más a nosotros mismos. Todo ello nos ha marcado profundamente, hasta el punto de poder decir que ya no somos los mismos de antes. Que al abrazar y ser abrazados hemos cambiado.

INTRODUCCIÓN

Es difícil hablar hoy de migrantes y refugiados sin caer en simplificaciones o etiquetas que no alcanzan a reflejar esta compleja realidad. Pese a no ser un fenómeno nuevo, sigue ocupando un lugar relevante en la actualidad.

Vemos cómo se suceden las noticias sobre grandes éxodos de población por diferentes causas. Al mismo tiempo, observamos perplejos las posiciones y las medidas que van tomando los países frente a este fenómeno. Ante todo esto, no es menos confusa y cambiante la opinión pública y, por tanto, nuestras opiniones personales. Si queremos entender lo que está sucediendo, ¿de dónde partimos?, ¿cuál es el punto desde el que juzgar las diferentes posiciones?

Proponemos conocer quiénes son estas personas que se han visto obligadas a abandonar sus países en busca de un hogar para, de esta manera, evitar tanto posturas alarmistas o defensivas como aproximaciones ingenuas. Encontrarnos con ellos nos dará una nueva clave de lectura para juzgar lo que sucede.

Te invitamos a descubrir las historias de las nueve personas que han compartido con nosotros sus vicisitudes, inquietudes y anhelos. Estas han abierto sus casas y sus corazones a nueve periodistas y otros tantos fotógrafos que han aceptado el reto de dejarse provocar por sus vidas de manera desinteresada. Fruto de estos encuentros, surgen las narraciones que nos van desvelando parte del drama que muchos de ellos han tenido que atravesar para llegar aquí. De igual manera, las imágenes nos aproximan a estos testimonios y nos ponen al descubierto la realidad cotidiana de estos hombres y mujeres que lo han dejado todo.

Ahora te toca a ti. Te invitamos a que contemples las fotografías y leas los textos para conocer sus preocupaciones al tener que recomenzar sus vidas, sus alegrías por la esperanza que despierta tener la posibilidad de construir un hogar, sus frustraciones y logros. Que te imagines en su salón o acompañándoles al trabajo. Sobre todo, esperamos que te dejes tocar, abriendo la mente y el corazón. Queremos que este libro te despierte preguntas, la inquietud de conocer mejor la realidad de las migraciones y te permita conocerlos a ellos para poder conocerte a ti mismo, como nos ha sucedido a nosotros.

FAMILIA OUSOU

PERIODISTA

 PABLO A. IGLESIAS

FOTÓGRAFO

 JAVIER CARBAJAL



“

Conmueve hablar con esta familia de Siria que huyó de la guerra. Duele escuchar sus testimonios sobre los bombardeos, el éxodo por el país y la discriminación que padecieron en Líbano. Pero también emociona ver el brillo de sus ojos al recordar cómo se enamoraron y al relatar los sueños de sus hijos en España. Perdieron la casa, el dinero y una vida cómoda en Damasco. Pero conservan lo que más amaban: la familia.”





No es fácil ponerse en el lugar de una persona refugiada. Para entender sus circunstancias debemos conocer bien de dónde vienen y qué hechos han ocasionado su marcha. Nadie quiere abandonar su país de forma voluntaria: se ven obligados por guerras, por pobreza, por necesidad. La familia Ousou abandonó Siria por una de las guerras más duras de este siglo XXI y después pasó por el Líbano.

Uno se pregunta qué están haciendo después de todo lo vivido, cómo se enfrentan a esta realidad y hacia dónde quieren encaminar sus vidas. Estas fotografías son para mí los momentos clave para cada miembro de la familia. Un pasado triste y desolador del que no hemos sido testigos pero que, nada más nombrar la fecha en la que se tuvieron que ir de su país, sus miradas nos transportan a aquellos momentos tan duros.

Por otro lado, lo desconocido para nosotros: la esperanza y las ganas de vivir una vida que se les brinda aquí, en España, y la entereza con la que agarran esta nueva oportunidad. Al final es una misma persona, pero con dos sentimientos muy distintos.



YASSER AHMAD OUSOU (49 AÑOS)



FATMEH ALMURRAY (42 ANOS)





Me llamo Fatmeh y tengo 42 años. Nací en la ciudad siria de Alepo, aunque he vivido casi siempre en Damasco, donde formé mi familia y tuve a mis seis hijos con Yasser, mi marido. Nuestra vida era normal y no nos faltaba de nada pero, con la guerra, todo cambió. Acudir al trabajo, al colegio o simplemente salir a comprar el pan podía suponer no regresar con los tuyos. El miedo se instaló en nuestras vidas.

Una bomba alcanzó nuestra casa aunque, gracias a Dios, no tuvimos que lamentar ninguna pérdida personal, como sí les ocurrió a otras familias y amigos. Esto nos obligó a desplazarnos por Siria mientras la salud de mis hijos empeoraba. Hasta que la situación se volvió insostenible y no tuvimos más remedio que irnos del país. Fue el 27 de noviembre de 2013.

Fuimos a Líbano, donde no sabíamos lo que nos esperaba. Pasamos de nuestro hogar de tres plantas a una pequeña tienda en la calle, donde no teníamos ni siquiera un baño, ni una cocina. No encontramos trabajo porque preferían a personas jóvenes o niños, así que, para poder mantenernos, mis hijos tuvieron que ponerse a limpiar casas y a trabajar en comercios.

La vida fue muy dura esos 4 años. La convivencia era complicada y no podíamos asumir los gastos médicos para que atendiesen a nuestros hijos. Después de mucho sufrimiento, se nos dio la oportunidad de venir a España. No queríamos alejarnos más de Siria pero aceptamos porque era lo mejor para todos.

Aquí nos hemos sentido acogidos, queridos. Mis hijos han recibido las atenciones médicas que necesitaban. Todos van al colegio y aprenden el idioma mientras su padre y yo buscamos trabajo.

Después de años de incertidumbre, volvemos a contar con unas garantías que hace no mucho tiempo eran un leve recuerdo de una vida pasada. Seguimos extrañando Siria, nuestro hogar, pero ahora miro a mis hijos a los ojos y ya no veo el miedo en su mirada. Hemos perdido mucho en este tiempo pero mantenemos lo más importante: a nuestra familia.

1- AHMAD YASSER OUSOU (21 AÑOS)

2- MARYAM OUSOU (18 AÑOS)

3- BARA'A OUSOU (16 AÑOS)

4- SAFAA OUSOU (14 AÑOS)

5- SHAYMAA OUSOU (13 AÑOS)

6- MOHAMMAD YASSER OUSOU (9 AÑOS)





Cuando te abren las puertas de una casa, como me las ha abierto a mí la familia Ousou, uno se siente muy pequeño al lado de ellos. Te cuentan sus vidas, sus experiencias y el largo camino recorrido hasta España y sientes que el mundo podría hacer mucho más por cambiar todo esto y te sientes responsable de contar esta historia. De contarla bien, sin clichés ni prejuicios, sino respetando a las personas que fotografías por encima de todo.

Conocerles bien es lo que me ha permitido sentirme con el derecho de poder acercarme con una cámara a sus vidas. Sentirme parte de su familia en cada comida y cena, no ser un fotógrafo que tiene que hacer unas fotografías y ya está. El respeto mutuo ha sido la clave para poder sentirme cómodo haciéndoles fotografías y creo que el sentimiento ha sido recíproco.







**Mantenemos lo
más importante:
a nuestra familia.”**

Si debo llevarme una lección de este trabajo sería la humildad. Humildad de entender que ellos, pese a todo lo vivido, han conseguido permanecer juntos y sonreír. Sonreír pese a sus circunstancias. Ser felices porque la familia ha conseguido sobrevivir y tener siempre la esperanza de que toda irá mejor.

En un proyecto como este, el resultado final no depende exclusivamente de mí. Las personas que fotografiamos nos regalan estas fotografías y las personas que estáis viendo estas fotografías termináis de darle sentido. Nosotros, los fotógrafos, somos exclusivamente los intermediarios en esa comunicación tan hermosa, que es entre el retratado y el que lo ve. Mi esperanza es haber estado a la altura de lo que esta familia se merece y haber acercado, con humildad y respeto, su historia a quienes la vean.







GUILLOMENE E HIJOS

PERIODISTA

 JUAN RAMÓN LUCAS

FOTÓGRAFO

 THOMAS CANET



“ Mi amiga Guillomene es Centroafricana y es una refugiada acogida por la ONG CESAL, que la está ayudando a abrirse camino. Su mundo era como el de cualquiera de nosotros, hasta que estalló la guerra. Como les pasó a nuestros padres o nuestros abuelos. No somos en absoluto distintos, aunque nos diferencien raza o cultura, a la hora de buscar un futuro para nuestros hijos.”





El primer encuentro con Guillomene fue unos días antes de la sesión fotográfica. Me impactó mucho el aura que emanaba de ella. Por una parte, había una seriedad y, al mismo tiempo, tenía una fortaleza inmensa. Eso me interesó y me intrigó muchísimo.

Durante la concepción de las fotografías y de la sesión, me impactó mucho la historia que ella me contó. Como vive en Madrid con cinco de sus hijos, le pedí si podíamos acceder a su vivienda y conocer a su familia. Ella, que fue toda generosidad, nos abrió las puertas de su casa.

Un fotógrafo siempre trabaja con intuiciones, con dudas, no con certezas. Yo había planteado en un primer momento realizar la sesión sobre fondo negro, hacer unas fotografías sobrias con luz de estudio. Por una parte, ya que invadíamos su hogar, me parecía bueno llevar un poco de aparatos y armatostes que evidentemente iban a condicionar un poco toda la relación con sus hijos y con ella. Pero, al mismo tiempo, era una buena manera de romper el hielo. En ningún momento me olvidé de que estábamos invadiendo la intimidad de una familia y quería hacerlo con todo el respeto posible, pero también intentando ser capaz de traer conmigo unas fotografías emocionales. Eso era fundamental para mí.









GUILLOMENE (35 AÑOS)

Mi nombre es Guillomene, soy de República Centroafricana y tengo 35 años. En el año 2013 tuvo lugar un golpe de estado en mi país. Por aquel entonces, trabajábamos para el Gobierno, mi marido como militar y yo como enfermera de la mujer del presidente. Desde el golpe de estado no he vuelto a saber nada de mi esposo.

Cuando estalló la revuelta, empezó un período de persecución en el que mis ocho hijos y yo nos escondimos en la casa de mis padres. Un día vinieron a buscarme y nos ocultamos con uno de mis hermanos en el sótano de la casa. Desde allí presenciamos cómo varios de mis hermanos y mis padres fueron asesinados por no querer entregarnos. Inmediatamente huimos del país.

Fuimos a Camerún. Allí pasamos varios meses hasta que logré vender algunas propiedades que tenía en República Centroafricana y, así, conseguir dinero para seguir avanzando en nuestro camino. Llegamos a Níger, donde mi hermano de 20 años se quedó a cargo de tres de mis hijos. Seguí adelante con los otros cinco pasando por Mali y Argelia hasta llegar a Marruecos, donde estuve casi un año trabajando y ahorrando para conseguir trasladarnos a España.

Creo que nunca podré volver a mi país, los recuerdos de las muertes que he presenciado pesan demasiado en mí. Desde el principio nada fue fácil y sabía que el camino que nos esperaba era doloroso. Ahora, en España, no paro de realizar cursos de formación para poder trabajar y sostener a mi familia mientras sueño con volver a ejercer mi vocación: la enfermería.

Estoy tranquila, no tengo miedo. Tras todo el recorrido y dificultades, mis hijos ya se sienten como en casa. Tengo muchas esperanzas de reencontrarme con los hijos de los que me tuve que separar y no pierdo la fe en volver a tener noticias de mi marido.



Entonces, la primera parte de la sesión, se realizó así, sobre fondo negro; lo que sirvió para romper el hielo y me permitió conocer a sus hijos y a ella visualmente, encontrar detalles que me parecían evocadores y que tenían una fuerza narrativa suficiente para poder funcionar como fotografía con vida propia. Después, cuando terminamos esta parte, yo sabía perfectamente que no iba ser suficiente. Pero ahí, como siempre suele ocurrir, la improvisación y la magia se abrieron camino de nuevo. Por una parte, sus hijos pequeños se fueron relajando y empezaron a jugar por la casa, así que yo aproveché esos momentos para realizar otra serie de fotografías que, en principio, no tenía en mente pero que realmente se convirtieron en el alma de la serie fotográfica.





“
Tras todo
el recorrido y
dificultades, mis
hijos ya se sienten
como en casa.”



Esta experiencia me ha removido profundamente. Conocer a Guillomene y a su familia me ha permitido ver que la realidad de los refugiados es mucho más que unos números y unas estadísticas. Para mí es una puerta abierta, un contacto humano que quiero y necesito mantener y seguir profundizando en él con el paso del tiempo.





“

Desde el principio,
nada fue fácil.”



“
Estoy tranquila,
no tengo miedo.”

FÉLIX JUVENAL FREITES

PERIODISTA

 NICOLÁS CASTELLANO

FOTÓGRAFO

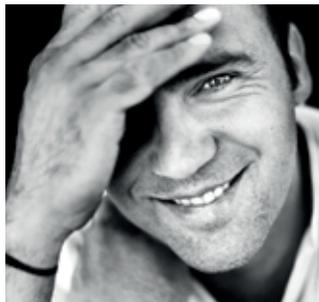
 IÑAKI LUNGARÁN



“

En la maleta, que muchos españoles también hicieron en otros tiempos con rumbo al exilio, Juvenal tuvo que empaquetar su vida en solo 23 kilos casi sin tiempo para pensar, porque su salida de Venezuela fue una auténtica huida. Pero su equipaje emocional será para siempre mucho más pesado, el que llevan aquellos que salen de sus países sin elegirlo, aquellos que como él tienen que dejarlo todo para nada más y nada menos que salvar la vida.”

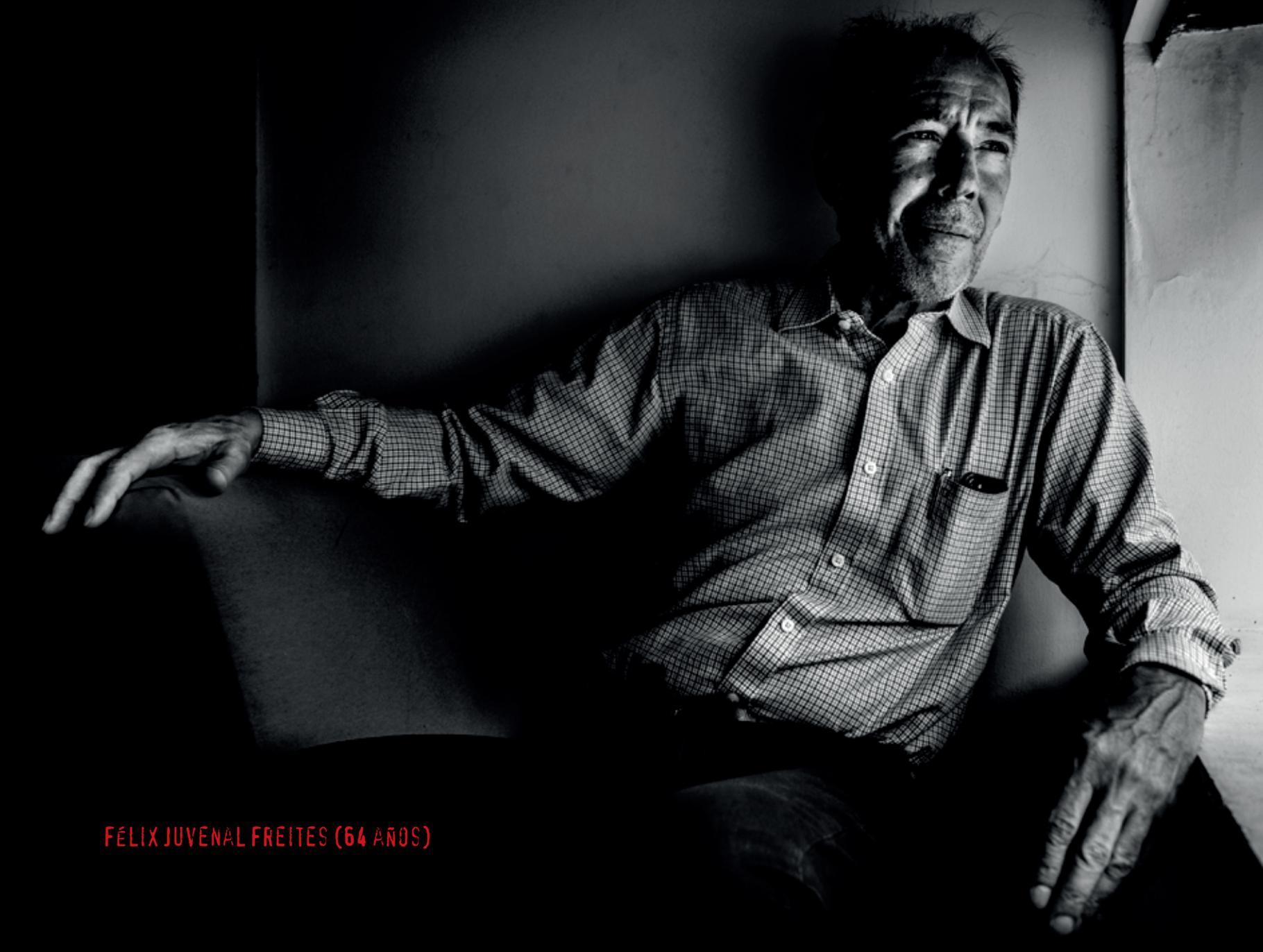




Cuando llegué con mi cámara a Madrid, no sabía a quién iba a fotografiar. Me habían hablado de Juvenal pero, hasta que no pude conocerle, no pude juzgar. Mi primera impresión fue muy buena, puesto que vi a un hombre muy sabio, de mucha cultura, muy trabajador.

Me impactó, más aún, ver como toda la gente le quiere, cómo saluda a los vecinos y a los amigos. Pero lo que más me impactó fue el momento que tuvimos a solas, cuando él habló de su querida Venezuela. Porque él se siente muy venezolano y ama a su patria.





FÉLIX JUVENAL FREITES (64 ANOS)

Quiero mucho a Venezuela. Es de donde soy, donde crecí y donde, con mucho esfuerzo y estudios, me labré un buen puesto como directivo en la industria petrolera y como docente de universidad. Si estoy aquí no es por elección, yo no quería irme de mi país. Fueron circunstancias políticas que no provoqué las que me obligaron a huir. Nunca imaginé que viviría esta situación.

Aguanté en Venezuela durante mucho tiempo aunque la situación se deterioraba con los años. Mis hijos tuvieron que irse a otros países. Después me fui yo y ahora espero que venga mi pareja con mi hija de 12 años. A mis 64 años, miro al pasado y me frustro porque veo que mi generación falló, que les dejamos a nuestros hijos un país peor que el que se nos entregó.

La decisión de irme ha sido una de las más difíciles que he tenido que asumir. Me vi acosado y obligado a marcharme tras recibir información de que el Gobierno tenía intención de retenerme. Empaqué mi vida en una maleta de 23 kilos, lo máximo aceptado por la compañía aérea, y en menos de 24 horas volaba rumbo a España. El peligro era tal que, a la semana de haberme ido, fueron a mi casa a buscarme y amenazaron a mi esposa.

En España me siento protegido y ahora lucho por conseguir una oportunidad de trabajo. Está siendo muy difícil por mi edad, a pesar de la preparación que tengo y los puestos que ocupé en el pasado, pero no pierdo la esperanza.

También espero que Venezuela mejore, que haya cambios. Si, cuando eso suceda, se me reclama, iré inmediatamente para ayudar a reconstruir el país. Por encima de todo, sueño con tener un nieto que lleve mi apellido, un Freites, y que nazca en un mundo que le deje ser libre para elegir donde vivir.





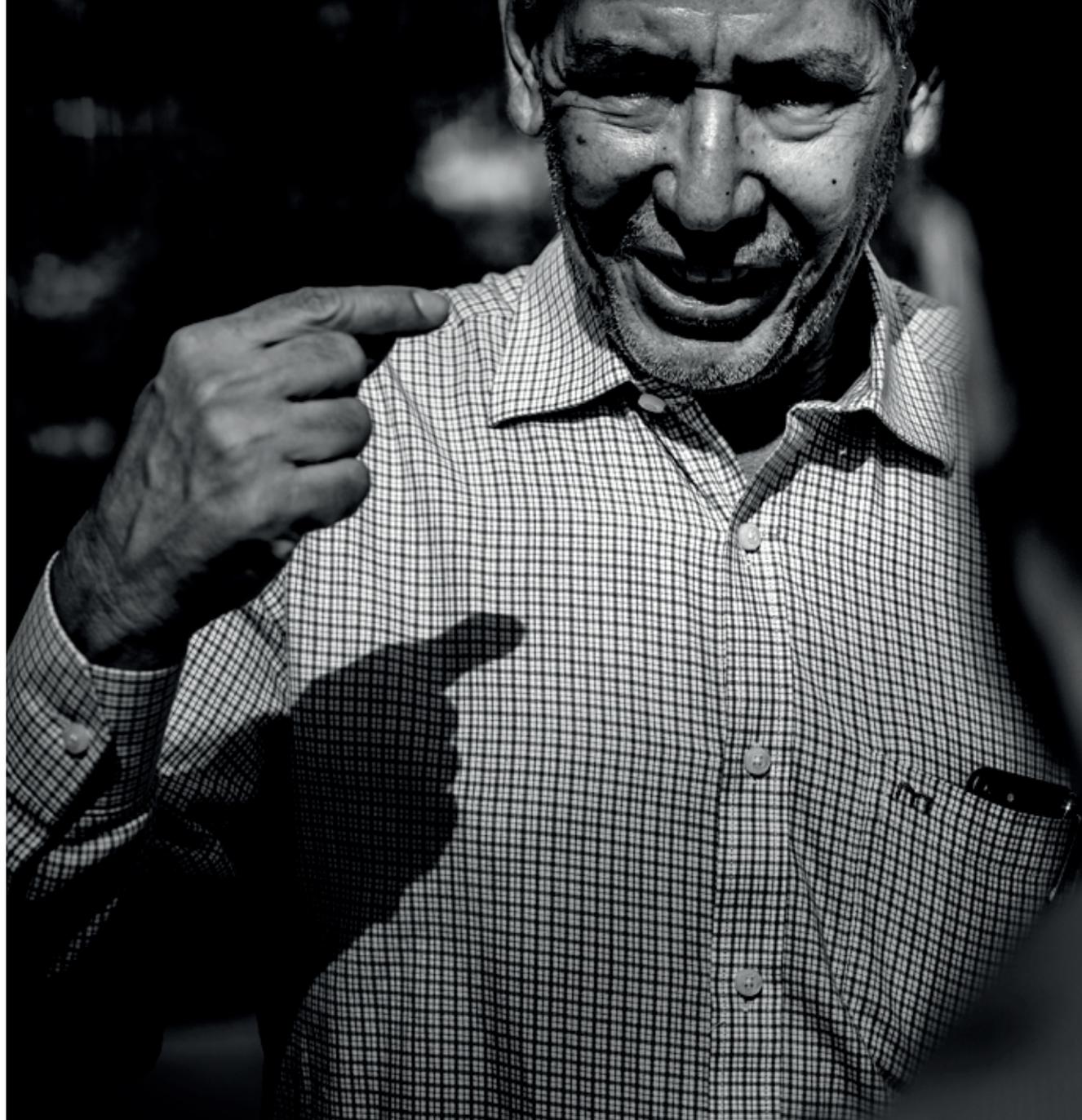




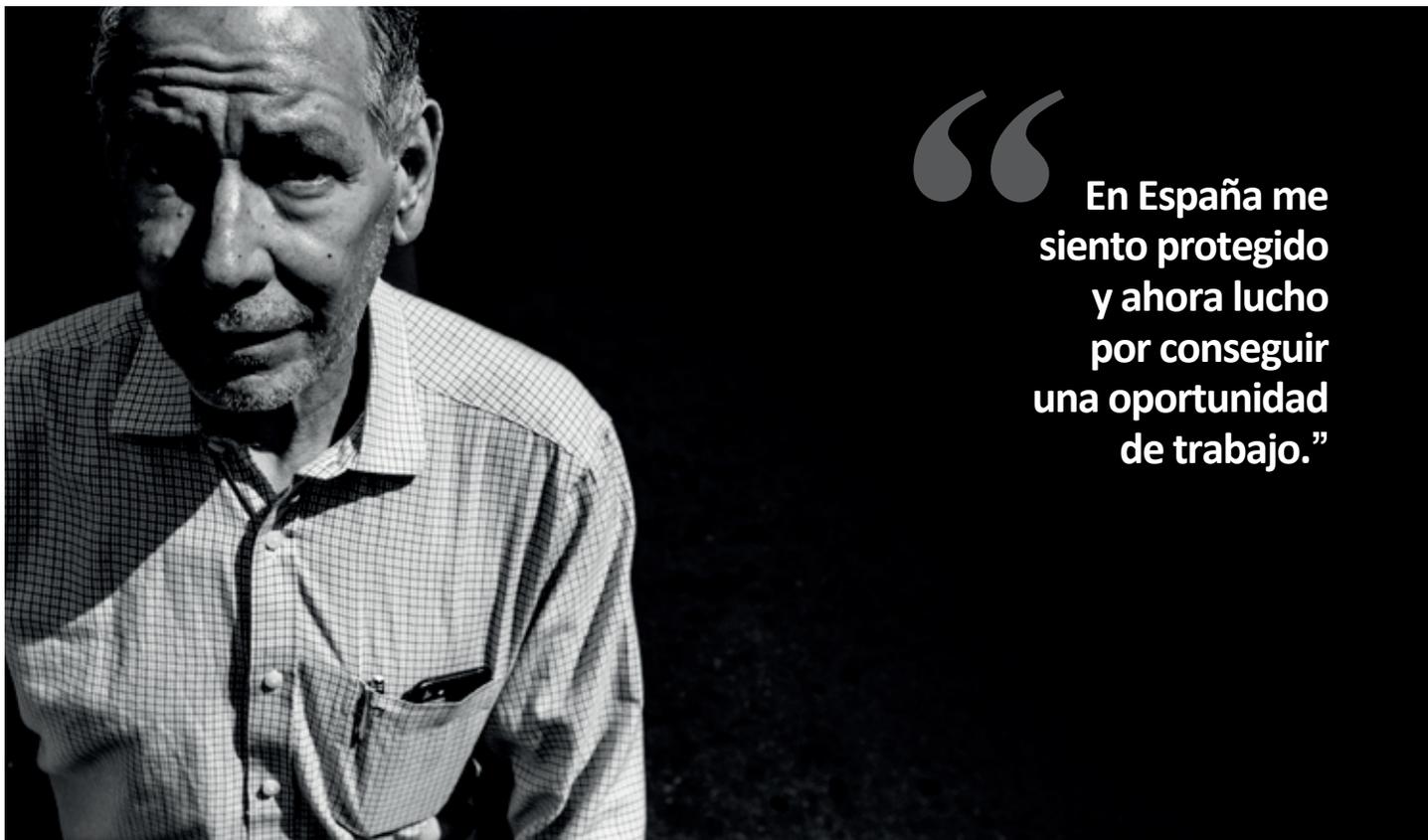
Con esas emociones, pude hacer algunos retratos donde pude esconder detrás de mi cámara la emoción que yo también tenía. Me pareció una historia muy dura. Conociendo más a Juvenal y dando un paseo por Madrid, llegamos hasta su casa, donde comparte piso con Isley, una chica que, como bien dice, podría ser su hija. Ahí vi la clase de persona que es Juvenal. El respeto que tiene, la capacidad para entender a la otra persona. Me gustó ver cómo la apoyaba como si fuese su padre, incluso cómo la regañaba y se preocupaba cuando llegaba tarde.











“ En España me siento protegido y ahora lucho por conseguir una oportunidad de trabajo.”

Juvenal me ha marcado un antes y un después. Sólo espero que no muy tarde pueda regresar a su querida Venezuela, aunque en España siempre tendrá a muchos amigos que le acogerán con los brazos abiertos.



JEAN KOULIO



PERIODISTA

 LOLA HIERRO

FOTÓGRAFO

 CASILDA SALDAÑA



Cuando conozco a Jean Koulio sé y no sé lo que me va a contar. La suya es una historia más de las que tantas veces he escuchado y leído, la que comparten tantos jóvenes africanos que deciden ponerse en marcha en busca de mejores oportunidades para su futuro. A grandes rasgos, todos los relatos migratorios se parecen mucho: atravesar países, malvivir, trabajar de cualquier cosa; hacer amigos y enemigos por el camino; sufrir violencia de la policía, de los traficantes, de los ladrones, del sistema; jugarte el tipo para saltar una valla, surcar un mar, cruzar un desierto... Sin embargo, también sé que cada persona que atraviesa una experiencia así y decide contarla aporta un aprendizaje, una lección de vida.”



GUINEA CONAKRI



Una de las cosas que pasan cuando las personas rechazan a los refugiados y a los inmigrantes, no es otra que el desconocimiento. Cuando tú no conoces algo, te puede generar tensión e incluso miedo. Para mí era importante que las personas pudieran ver que son personas como nosotros. Que tienen los mismos sueños e ilusiones que nosotros, que no son más que tener una vida mejor, una vida digna, el formar una familia, crecer personal y profesionalmente. La manera de reflejarlo es a través de su vida cotidiana en España.





JEAN KOULIO (24 AÑOS)

Mi nombre es Jean y tengo 24 años. En mi vida hubo un antes y un después. El antes fue el hijo único de un capitán del ejército de la República de Guinea; el alumno en un colegio privado católico en Conakry. Y el después es el emigrante que llegó a Senegal con 17 años, con menos de medio euro y una tonelada de miedo. El punto de inflexión: el asesinato de mi padre.

Me vi sin familia, ni casa, ni porvenir, así que comencé un viaje para el que no tenía pensado un destino: Senegal, Mauritania, Mali, Argelia. Pasé años de dificultades, clandestinidad y picaresca. En 2014 llegué al monte Gurugú, en Marruecos, frente a Melilla, donde me esperaba el peor año de mi vida: la Policía marroquí me pegó, quemaron mis pertenencias (si es que un colchón viejo y algunas sobras se pueden llamar así) y mataron a algunos de mis amigos. Al octavo intento, lo logré: salté la valla y entré en Europa. Fue el 11 de marzo de 2015.

De Melilla me llevaron a Madrid, donde pasé por los cuidados de varias ONG. Lo primero que hice fue ayudar a Paco, el encargado de mantenimiento de mi primer centro de acogida, por hacer algo mientras esperaba noticias de mi solicitud de asilo. Luego estudié, me emancipé. En esos años de transición me enamoré de Madrid.

He obtenido una oferta de trabajo como encargado de mantenimiento de un seminario (¡qué bien me vinieron las horas con Paco!) y voy a obtener mi permiso de residencia en España. Soy vecino de Villaverde, miembro de un club de atletismo y he fundado una asociación para ayudar a otros guineanos.

Guinea sigue en mi mente y la echo de menos tanto como aquel día hace siete años en el que entré en Senegal subido en el techo de un taxi, entre las maletas. No sé cuánto durará este viaje, pero sé dónde está mi hogar y sé que regresaré algún día.



La voz de Jean Koulio debería escucharse más. Él se marchó de Guinea sin oficio ni beneficio, no ha tenido más ni mejores oportunidades que otros, y ha salido adelante. No me detengo tanto en el relato del durante, sino en el del después, en el del chico que hoy, con solo 24 años, ya es dueño de su vida. El chico que ha estudiado, que trabaja, que tiene sus papeles en orden, que practica atletismo en un club de Madrid, que hasta ha fundado una asociación para ayudar a otros que están pasando por lo mismo que él. El joven que ha encontrado una familia en Madrid, que no ha permitido que los prejuicios de otros frenen su evolución y que hoy, en la redacción de El País, cuando viene a ser entrevistado, no teme dar su opinión sobre cualquier cosa que se le pregunte, no se avergüenza de nada y ha logrado hasta sonreírse al recordar los momentos más duros de su pasado.

Durante la sesión de fotos, Jean mira al objetivo del fotógrafo con la cabeza bien alta, con orgullo y valentía y ganas de comerse el mundo, como cualquier hombre de su edad. Estas son las historias que yo no me canso de escuchar. Estas son las personas que no me canso de conocer.”





“

No sé cuánto durará este viaje, pero sé dónde está mi hogar y sé que regresaré algún día.”



Lo que desea Jean es hacer lo que hace cualquier chico de su edad, no estar reviviendo el pasado, ni reviviendo lo que podría haber sido, ni siquiera la vida en su otro país. Jean, por ejemplo, sufrió el asesinato de su padre y tuvo que huir de su país porque el siguiente podría ser él.

Entonces, ver que no se queda anclado en esa parte triste de su historia, sino que al final es un chico joven que como a cualquier otro le gusta salir, ponerse guapo para tomarse algo, bromear, el deporte... en definitiva, que no lleva la tristeza a cuestas.

Lo que quieren reflejar estas fotos es que son personas que tienen los mismos sueños e ilusiones que nosotros. Que, en realidad, no se diferencian en nada y, al acercarnos y ver que son iguales, puede significar una mayor aceptación hacia ellos.





MUHAMMED MUHSEN

PERIODISTA

 IGNACIO SANTA MARÍA

FOTÓGRAFO

 MANUEL REINO



“

Muhammed lleva en su mano izquierda un anillo. Dice que fue el regalo que le hizo un gran amigo antes de partir desde Yemen hacia un destino incierto. No es el único cabo que este joven refugiado tuvo que dejar suelto al huir precipitadamente de su país por las amenazas que se cernían sobre su familia. Ha dejado padres, hermanas, hermanos, amigos y hasta su joven prometida, Tagreed, quien le pide que piense la manera de retomar su vida juntos.”





La primera vez que conocí a Moha me encontré a un chico tímido encerrado en una mirada baja, casi como para no tener que cruzarse con la tuya. En la entrevista estuvo contando su historia y me fijé en que no paraba de tocarse un anillo que llevaba. Fue perdiendo el miedo y la vergüenza para terminar la entrevista sonriendo y aceptando un segundo encuentro conmigo.

Me abrió su casa donde, en medio del Ramadán, me enseñó sus costumbres y recuerdos que con tanto celo guardaba en su móvil, como las fotos de todo su trayecto hasta España. Paseamos por su barrio y la timidez se convirtió en calidez humana. Me contó sus sueños, que quería abrir una tienda de especias y también hablamos sobre su pasión por el deporte y el Fútbol Club Barcelona.

Quería verlo en su entorno con sus amistades y haciendo algo que le gusta como aprender idiomas, por lo que, en el tercer encuentro, quedamos con dos de sus amigos.

Pude ver que sus compañeros de español agradecían cada sonrisa de Moha porque, a pesar de tener que huir de una guerra dejando atrás familia y amigos, tiene la esperanza y el ánimo de seguir adelante.



MUHAMMED MURSEN (29 AÑOS)



Soy Muhammed, de Saná, la capital de Yemen y tengo 29 años. Tengo cuatro hermanos y tres hermanas. Antes de la guerra llevábamos una vida normal, como la de cualquier familia. En 2014, los hutíes-una facción armada chií- tomaron la capital. Un día se llevaron a mi padre y le dijeron que, para demostrar su apoyo, tenía que entregarles a uno de sus hijos para que se enrolara con ellos.

Nos refugiamos en un pueblo de las montañas, pero no teníamos ni lo más básico para sobrevivir, así que tomé la decisión de dejar Yemen. El viaje fue muy largo y peligroso. Pasé por Egipto, Argelia y Marruecos. En Melilla enseñé mi pasaporte yemení y me derivaron como refugiado a Murcia y, después, a Madrid.

En el centro de CESAL somos como una familia. Aquí vivimos juntos refugiados de Ucrania, Venezuela, Siria, Colombia, Honduras y Yemen y lo compartimos todo. No me siento como alguien diferente; todos somos personas y aprendemos los unos de los otros.

Me gustaría volver a Yemen porque allí dejé a mi prometida, Tagreed, pero la situación es muy difícil en el país. Tenemos que aprender a convivir y a construir la paz. La razón de la guerra es que no somos capaces de aceptar a la gente que es diferente.



Cabos sueltos; hilos rotos por culpa de la guerra. Una guerra que, como todas las guerras, parte las vidas en dos, de manera drástica, implacable. Muhammed dejó en Yemen muchos cabos sueltos que sueña con volver a unir algún día. En su nueva vida, en Madrid, ha encontrado otros hilos: hilos de solidaridad, cuerdas de amistad sincera con gente a primera vista muy distinta pero que tiene el mismo corazón.

Escuchando a Muhammed pienso que yo tampoco soy diferente de él. Tengo el mismo corazón, atado con cuerdas de amor a las personas que me quieren y a las que procuro querer torpemente. Pero cualquier fatídico día, una guerra inesperada, podría intentar deshilar esos cabos.”





“ En el centro de CESAL somos como una familia. Aquí vivimos juntos refugiados de Ucrania, Venezuela, Siria, Colombia, Honduras y Yemen y lo compartimos todo.”





LUZ ESTELA Y MANUEL

PERIODISTA

 FERNANDO DE HARO

FOTÓGRAFO

 LUIS GASPAR



“

A los 87 años es difícil volver a empezar. Es una edad en la que la vida parece llamada a serenarse, a no cambiar. No ha sido así para Luz Estela. En su país, en Colombia, los violentos le arrebataron a su marido. Tuvo que estar escondida. Los señores de la muerte no dan tregua, no respetan ni siquiera a los ancianos. La historia de Luz Estela, que ella cuenta con un español dulce, con una voz sin resentimiento a pesar de lo mucho sufrido, nos habla de la vulnerabilidad.”





Estar frente a una cámara es siempre invasivo, antes de tan siquiera ser cercano y, mucho más hasta que llega a ser íntimo. La experiencia no evita nunca la sorpresa del descubrimiento que se encuentra en cada persona. Llegar a ser quien se es, abrirse, y no pocas veces con dolor, es un acto que requiere la valentía de comenzar a conocerse de veras.

Todo este proceso que hemos de pasar para que el retrato contenga más cantidad de verdad que impostura, más de fuerza que de pose, más de desnudez que la del propio cuerpo; se conforma como la tarea más delicada cuando se ha de tratar la pérdida, el miedo y la exclusión de ser refugiado. Ni turista, ni viajero, ni siquiera inmigrante ya que no hay elección más que la supervivencia.

La falta de resguardo y cobijo no es sólo espacial, es también interna.

Hay, entonces, un aire de fugacidad, de no estar en ningún lado, de no poder descansar porque hace falta tiempo para que tu cama sea tu cama. La casa, el país y la propia vida quedan suspendidos.





**LUZ ESTELA (87 AÑOS) Y
MANUEL (58 AÑOS)**

A cada ratico me acuerdo de mi casa en Colombia, de lo felices que fuimos en ella mi marido, mi hijo y yo. Me llamo Luz Estela y nunca me imaginé que con 87 años tendría que dejar todo atrás y comenzar de nuevo en otro país, que extrañaría tantas cosas y echaría tanto en falta a mi marido.

En el año 2001 lo asesinaron. Él tenía una pequeña empresa con algo más de 30 trabajadores. Vivíamos tranquilos hasta que unos bandidos empezaron a pedirle dinero y tuvo que obedecer. Pidieron cada vez más, hasta que un día no pudo hacer frente y se tuvo que negar a pagar para que pudiésemos seguir viviendo. Entonces se cobraron su vida y me lo arrebataron para siempre.

Mi hijo Manuel y yo nos quedamos solos, el resto de nuestra familia se desentendió. Tuvimos que desplazarnos por varios lugares de Colombia y seguimos con los negocios, pero volvieron las extorsiones y lo entregamos todo. Hasta malvendimos nuestra casa para que nos dejasen tranquilos y ganar tiempo para huir. Solo la pareja de mi hijo y un amigo sacerdote nos apoyaron y nos escondieron en los momentos más duros.

Tras un tiempo, vinimos a España. Aquí la gente ha sido muy cariñosa con nosotros. Manuel está buscando trabajo y yo me estoy acostumbrando a la nueva vida. Me cuesta no pensar en el pasado, no entristecerme, pero cada vez soy más consciente de que no podremos volver a casa y nos esforzamos por construir un nuevo hogar aquí.



Todos somos vulnerables, no importa dónde vivamos, cuál sea nuestra situación económica. Muchos de los que ahora son refugiados, tenían una vida como la nuestra, segura, próspera. Los he conocido en el Líbano, en Iraq, en Siria, en la India y en Nigeria.

Los que necesitan refugio y los que dan refugio no pertenecen a dos mundos diferentes. Los señores de la muerte no pertenecen a otro mundo, están en el nuestro.

Luz Estela y su hijo Manuel, en su huida, encontraron amigos de la vida, que los mantuvieron escondidos, que les abrazaron y les ayudaron al llegar a un país que no era el suyo, que los acogieron. Y al escucharlos me sorprendió que sus palabras tuvieran el acento del agradecimiento.

Me hablaron de volver a empezar. Y parecía mentira, pero era cierto, que los señores de la muerte hubieran sido derrotados en lo que parecen invencibles: en su terrible capacidad de desgarrar los corazones.

Se puede volver a empezar a los 87 años cuando has sido abrazado por los amigos de la vida.”





Y allí están madre e hijo: Luz Estela y Manuel. Hablando con ellos se encuentra la dificultad y verdad. La verdad que la indigencia del ser mismo ha desplazado, que se siente más acompañada al tratarse de la familia. Lo que queda de una familia, la mínima familia que supone todo lo social y animal. De la palabra y de la piel. De la madre frente al hijo. De la madre junto al hijo.

Hablar sobre la experiencia de los últimos años es algo que, de tan presente que tienen, es casi inabordable. Y puede ser obscuro y violento, como a quien le arrancan la ropa frente a extraños. Dejar sin embargo que la anatomía hable, que la postura encuentre su acomodo y sea lo mismo que un destino y un imán. Con respeto, con paciencia y sobre todo sin expectativas. La imagen tal vez no llegue a mostrarse, tal vez no aparezca. En condiciones normales es una labor gratificante pero difícil, que puede llevar varias horas y nunca se puede adivinar si sucederá o no. Pero en este caso, con Luz Estela y Manuel las barreras formadas de miedo, más que abrirse de a poco, llegan a colapsar y a quedar completamente francas, arrasadas.

Toda la tensión latente, todo el caudal que el carácter intenta contener se abre con una fuerza que rompe diques. La espalda admirable de ochenta y siete años, con tanto peso ya acumulado, es acogida por quien le debe su capacidad de ser refugio, su hijo. Madre e hijo. Como tantos. Como pocos. De espaldas a la sombra.



OLGA

PERIODISTA

CRISTINA

 **LÓPEZ SCHLICHTING**

FOTÓGRAFO

 **SAMUEL DE ROMÁN**



“

Olga parece un personaje de Chéjov o Tolstói. Es fácil imaginarla con blusa blanca de campesina, corpiño y falda... porque es una refugiada europea... ien el siglo XXI! Ha huido de Rusia, ya que Putin persigue a los testigos de Jehová como ella.”



RUSIA

	yo/el	tu	nos	vos	ellos
TRAER	traigo	traigas	traigamos	traigáis	traigan
DECIR	digo	digas	digamos	digáis	digan
DIR	digo	digas	digamos	digáis	digan
HACER	hago	hagas	hagamos	hagáis	hagan
TENER	tengo	tengas	tengamos	tengáis	tengan
VENIR	vengo	vengas	vengamos	vengáis	vengan
PONER	pongo	pongas	pongamos	pongáis	pongan
SALIR	salgo	salgas	salgamos	salgáis	salgan
HAIR	huyo	huyas	huyamos	huyáis	huyan
HABER	hay	haya	hayan	hayan	hayan
SABER	sepa	sepa	sepamos	sepáis	sepan

-AR} e eras
 es eis
 e en

-ER/-IR} a as
 as as
 a an

Subjuntivo

-AR e eras
es eis
e en

-ER/-IR a as
as as
a an



Futuro Simple

Futuro Proximo

PRETERITO PERFECTO

hablar hablé

comer comí

ir í

ver vi

PRETERITO IMPERFECTO

hablar hablaba

comer comía

ir iba

ver veía

EL IMPERFECTO

hablar hablaba

comer comía

ir iba

ver veía





'Detenciones, registros, acusaciones de que guardábamos folletos prohibidos en los cuartos de baño. Cuando tuvieron lugar las elecciones, nos interrogaron para saber a quién apoyábamos. En febrero, un tribunal condenó a la cárcel a un miembro de la comunidad al que se le confiscaron unos panfletos'. Olga, su marido y sus dos hijos redujeron la dieta a macarrones y ahorraron cada céntimo. Llegaron a Barajas con cuatro maletas y un carrito de bebé. Ahora, Iván ejerce de fontanero y ella, de cocinera. La gente se sorprende al ver listas de vocabulario español por las paredes de su casa, pero es que tienen prisa por aprender.

Gracias a esta otra mujer europea recuerdo que soy libre para caminar por la calle, pensar distinto, orar a mi modo. Y estoy agradecida a Olga y su familia, a los testigos de Jehová, por hacerme sentir orgullosa de una sociedad que acoge al perseguido. A través de la conversación desaparece el miedo al inmigrante y aparece el rostro de una chica de novela. Y entonces todo es más amplio y mejor. Y empiezan a caber en el corazón personas de todas las razas.”



Me llamo Olga, tengo 33 años y soy de Rusia. Los testigos de Jehová somos ilegales desde 2017 en mi país. Nuestros libros están prohibidos y se nos trata casi como a terroristas. El gobierno incauta nuestras propiedades y prohíbe que nos reunamos.

Resulta difícil explicar esto en un país libre, donde ahora me reúno con mi comunidad dos veces por semana, sin que nadie me critique ni obstaculice. Sencillamente, es imposible vivir en Rusia en estas condiciones. Por eso, mi marido y yo nos marchamos al exilio en condiciones penosas y con nuestros hijos pequeños, que han sufrido mucho.

Antes de partir, ahorramos cada céntimo. Comimos macarrones durante meses. Teníamos que elegir un país de destino para nuestro futuro y no sabíamos a dónde dirigirnos. Es difícil describir la angustia de tener que dejar todo atrás. Tu mundo, tu idioma, tu familia, tu madre viuda y verte en un aeropuerto con hijos, cuatro maletas y un carrito de bebé. Al llegar, no sabíamos ni a dónde ir.

Una vez en España recorrimos distintas instituciones hasta llegar al centro de acogida de refugiados de CESAL. Algunas de estas situaciones y los cambios drásticos de lugar fueron experiencias bastante traumáticas para nuestros hijos. Sin embargo, un año después, hablamos bastante español, ellos están escolarizados en un colegio público estupendo y disponemos de vivienda mientras buscamos trabajo para mantenernos.

Ha sido un gran esfuerzo, especialmente para mis hijos, pero no queremos volver a Rusia. España es nuestro hogar. No queremos volver a sufrir las detenciones, los registros, las falsas acusaciones. Queremos ser libres aunque nos haya costado dejar atrás una vida muy cómoda económicamente. Ni toda la riqueza del mundo vale lo que la libertad.

“

**Queremos ser libres aunque nos
haya costado dejar atrás una vida
muy cómoda económicamente.
Ni toda la riqueza del mundo
vale lo que la libertad.”**



OLGA (33 AÑOS)

ISLEY MARIANA CHACÓN

PERIODISTA

 **ÁNGEL EXPÓSITO**

FOTÓGRAFO

 **ÁNGEL PÉREZ MECA**



“

He tenido la suerte de conocer muchas 'Isleys' en los últimos años. Venezolanas de todas las edades que hacen lo increíble por sobrevivir, por alimentar a sus hijos o por medicar a sus padres.

La dignidad de los venezolanos junto a su pena infinita. La miseria total sobre un mar de petróleo. El aplastamiento ante la esperanza. Y todo ello en un idioma español perfecto. Mejor que el tuyo y el mío. No tenemos derecho a olvidar lo que está pasando en Venezuela con millones de 'Isleys'.”





Lo más impactante de conocer a Isley fue encontrarme a una chica de mi edad. El día de la entrevista nos contaba su historia y, por dura que fuese, lo hacía siempre sonriente. Tras hablar más tranquilamente con ella, decidimos que teníamos que fotografiar varias cosas, entre ellas su sonrisa. Isley es una chica joven y risueña que, tras todo el esfuerzo que ha hecho para llegar a España, no ha perdido su carácter.

Es parte de su ADN.



ISLEY CHACÓN (27 AÑOS)



Soy una abogada de 27 años. Me vi obligada a irme de mi país por la situación médica que atravesaba. Tenía la esperanza de que podría ser atendida en otro sitio sin tantas dificultades. Ya forman parte de mí los recuerdos de mi viaje, la desazón al salir de mi país y la incertidumbre de mi primera noche en un hostel de Madrid.

He pasado mucha angustia, mucho miedo pero, a pesar de todo, puedo asegurar que soy una mujer feliz. Sufro leucemia mieloide crónica, que en España tiene una atención y tratamientos relativamente sencillos, pero que en Venezuela se convertían en una odisea por el desabastecimiento de medicinas y la dificultad de recibir una atención médica adecuada.

En España recuperé mi salud. Renuncié a mi profesión para trabajar de cajera y poder ahorrar dinero con el que ayudar a mi familia a venir para que mi padre también pudiese recibir su tratamiento médico. Él no recibía la diálisis con la regularidad que necesitaba y pasó momentos agónicos. Después de unos meses he conseguido que vengan, a pesar de lo desafiante que era el viaje para ellos por la situación de mi padre y porque la frontera con Colombia se encontraba cerrada. Por fin estamos todos juntos y bien atendidos.

He tenido mucha suerte. Ojalá no hubiésemos tenido que irnos, pero no había más remedio. No sé si podremos volver a Venezuela porque el desastre y la destrucción son tan grandes que se me hace difícil imaginar que se pueda reconstruir algún día. En este camino hemos encontrado a personas maravillosas que nos han acogido y cuidado mucho. Ahora, al tener salud, trabajo y a mi familia cerca, soy consciente de lo privilegiada y afortunada que soy.





Las primeras fotos fueron en casa, de una manera tranquila con la que deja ver la ilusión por su futuro y al mismo tiempo la pena por lo dejado atrás. Tras esto, dimos un paseo por el barrio haciendo alguna fotografía por la calle, aunque lo que más ilusión le provocó fue poder fotografiarse en uno de sus lugares favoritos antes y después de llegar aquí, el Santiago Bernabéu.

Por su puesto también tenía que mostrar el motivo por el que había decidido dejar todo atrás: las pastillas. Esa medicina que le permitía seguir un día más con vida y que, de haber seguido en Venezuela, no habría podido encontrar. Y, por supuesto, Venezuela. Su hogar, su pasado... donde quizás vuelva algún día, pero esa vez con la mente puesta en regresar a su nuevo hogar, al nuestro, a Madrid.







“ En este camino hemos encontrado a personas maravillosas que nos han acogido y cuidado mucho.”

TETIANA KAZANTSEVA Y SASHA KAZANTSEV

PERIODISTA

 ANA PASTOR

FOTÓGRAFO

 LUPE DE LA VALLINA



“

Tetiana es una mujer menuda. Cualquiera podría confundirse y ver en ella a un ser frágil. Su historia rápidamente desmiente esa sensación: salió de Ucrania con un niño pequeño y llegó a un país en el que no conocía a nadie y cuyo idioma no hablaba. Tuve la suerte de conocerla con motivo del Día Mundial del Refugiado. Llevaba poco tiempo en nuestro país pero ya casi dominaba el español. Incluso había empezado a ejercer como traductora.”





He querido recoger a los dos en un espacio pequeño pero con sensaciones muy distintas que muestran el recorrido que han hecho desde su situación en Ucrania a su situación en España.

En una bolsa donde hay poco oxígeno, donde no tienen perspectiva, donde solo tienen la cercanía del uno con el otro, pero es una cercanía angustiosa, con el peligro de que una bolsa en la cabeza es una amenaza para la seguridad. Otra, en la que ellos están recogidos dentro del retrovisor, lo que cuenta es la libertad de poder ser ellos mismos, de poder disfrutar.



UCRAANIA

TETIANA KAZANTSEVA (33 AÑOS)
SASHA KAZANTSEV (13 AÑOS)



Me llamo Tetiana, tengo 33 años y dejé Ucrania porque quería que mi hijo, Sasha, tuviese una vida mejor. Allí es muy difícil que un niño con síndrome de Down esté integrado en el colegio, con amigos, e incluso que pueda trabajar y ser independiente.

Mi ex marido, el padre de mi hijo, nos lo hizo pasar muy mal a los dos desde su nacimiento, fue un infierno. Todo empeoró cuando le retiraron la custodia en mi favor. El temor a su reacción y a sus represalias me empujó a huir y venir a España, un país en el que sabía que mi hijo podría tener garantías, un país donde podía ser querido y buscar un futuro que en Ucrania nunca sería posible.

Al llegar, pedí asilo y entré en el programa de solicitantes de protección internacional. Al principio todo me parecía complicado, desde la diferencia cultural hasta el idioma, pero la acogida que nos dieron en CESAL nos hizo sentir en casa.

Con el tiempo, el idioma pasó de ser un problema a un talento que desconocía. Aprendí español muy rápido e incluso ayudaba a las personas que llegaban nuevas a comunicarse, lo que me ha hecho pensar en mi vocación laboral como traductora.

Lo más importante para mí ha sido el paso que hemos dado: del miedo a la esperanza, de la exclusión a la acogida. Estoy feliz de ver a mi hijo con sus amigos y estoy ilusionada con las perspectivas de nuestra vida aquí.



Están disfrutando de tener la libertad de movimiento de ir a cualquier sitio. Además, ellos están en el asiento de atrás del coche, lo que quiere decir que otras personas les están llevando y les están ayudando. Otras fotografías reflejan la felicidad que tienen en este ámbito, estando acompañados, el abrazo de sus amigos, del equipo de CESAL y su tranquilidad en Madrid.

La relación con ellos fue una preciosidad. Conocí a Tetiana cuando ella contó su historia en la entrevista porque quería ver cómo la contaba, ver cómo ella se sentía contando cada cosa. Nos emocionamos todos los que estábamos presentes, pero no en el momento en que ella contaba lo mal que habían estado, sino cuando contaba lo agradecida que estaba. Ella misma se emocionó contándolo.

Una de las cosas que más me llamaron la atención de la historia de Tetiana era que en Ucrania no se atrevía a salir con Sasha porque la gente le miraba muy mal y le decían cosas por la calle, e incluso los niños no jugaban con él porque sus padres les decían que Sasha estaba enfermo y que se lo podía pegar. Eso hacía que se recluyeran cada vez más en ese ambiente cerrado, sin horizontes. Sin embargo, aquí fui con ella a recoger a Sasha al colegio y vi todos los amigos que tenía, la confianza que tenía con todo el mundo. Cómo Tetiana por la calle, por el centro, con la gente de CESAL y de fuera, era totalmente libre porque sabía que su hijo era acogido y no se le veía como a un bicho raro. Eso es lo que he intentado transmitir.



“

Se emocionaba al recordar el cambio que ha pegado Sasha. Tiene Síndrome de Down pero ella no siente que en España su hijo vaya a sufrir una infancia tan dura como la que le esperaba en Ucrania. Ahora Tetiana y Sasha tienen una nueva vida gracias a la ONG CESAL. Y gracias a su esfuerzo y convencimiento de que ambos merecían una segunda oportunidad.”







En una ocasión, tuvimos que afrontar la situación dramática de una familia y, ante este hecho, surgían diferentes opiniones y criterios. Me preguntaba si había algo que yo podía haber hecho de forma diferente. Mi compañera Layla llegó al despacho y compartí con ella estas inquietudes. Se paró y me preguntó: ¿hemos acogido a esta familia de la misma forma que lo hicimos cuando llegaron las primeras?

Y me recordó la emoción que me invadía ante la llegada de las primeras personas: La ilusión de todo el equipo ante la espera de la primera familia, Guillomene y sus 5 hijos, o al ir a recoger a las 7 de la mañana al puerto de Málaga a Fathi. En esos momentos, me descubría llena de afecto por alguien a quien no conocía pero que esperaba invadida por la alegría. Esa era la respuesta a mi pregunta y lo que trato de no olvidar cada día: que lo que más deseo es esperar al que llega con esta conciencia de que el otro es siempre un bien.”

JESSICA MARTÍN

*Coordinadora del Programa de Acogida e Integración
de personas refugiadas de la ONG CESAL*

© Lupe De La Vallina





Ante la maldad y la fealdad de nuestro tiempo tenemos la tentación de abandonar nuestro sueño de libertad. Así, nos cerramos en nosotros mismos, en nuestras frágiles seguridades humanas, en el círculo de las personas amadas, en nuestra rutina tranquilizadora. Este repliegue en uno mismo, signo de derrota, acrecienta nuestro miedo de los ‘otros’, de los desconocidos, de los marginados, de los forasteros. Y esto se nota particularmente hoy en día frente a la llegada de migrantes y refugiados que llaman a nuestra puerta en busca de protección, seguridad y un futuro mejor. No es fácil entrar en la cultura que nos es ajena, ponernos en el lugar de personas tan diferentes a nosotros, comprender sus pensamientos y sus experiencias. Y así, a menudo, renunciamos al encuentro con el otro y levantamos barreras para defendernos. En cambio, estamos llamados a superar el miedo para abrirnos al encuentro.”

PAPA FRANCISCO

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido posible gracias a la colaboración desinteresada de muchas personas. Queremos reconocer esta entrega a:

Las personas que se han prestado a contar su historia y mostrar su imagen, superando el temor que implica exponerse y las barreras idiomáticas. Ellos y ellas han dado este paso con la confianza de que servirá, no solo para mejorar su realidad, sino también la de todos los que se ven o verán obligados a reconstruir su vida en un país tan lejos de su hogar.

El equipo de profesionales de ONG CESAL, quienes han acogido esta iniciativa con enorme cariño, ayudando a contar las historias desde el máximo respeto. Su compañía y cercanía han sido el motor que ha impulsado la apertura de las personas que han testimoniado sus vidas.

Los periodistas y fotógrafos, que aceptaron el desafío de afrontar esta realidad con una mirada diferente a la que marca la actualidad. A lo largo de esta experiencia, han surgido mucho más que las conversaciones o sesiones fotográficas que se vuelcan en este libro. Han nacido relaciones personales que siguen fluyendo, inabarcables para esta publicación: llamadas, mensajes y cenas; no solo un gesto gratuito, sino una entrega sincera.

A todas las fundaciones, asociaciones, parroquias, además de todos los amigos, amigas y personas voluntarias de la ONG CESAL que han colaborado con nosotros; tanto en la cesión de espacio para las sesiones fotográficas, transcripciones y revisión de textos, revisión de grabaciones y tantos trabajos invisibles que se han materializado en esta publicación que ahora tienes entre tus manos.

Gracias a gestos como estos, la ONG CESAL lleva desde 1988 trabajando para que las personas sean protagonistas de sus vidas y promover el desarrollo humano de los que más lo necesitan.



Este libro es posible gracias a la financiación del Ministerio de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social y el Fondo de Asilo, Migración e Integración.

